

quear; todo lleno de abrojos y apoyándose sobre ellos mismos, llegó á echarse de barriga sobre la cerca, pero al empuje de subir la pierna se desbarrancó con todo y piedras para el mismo lado, cayendo en los troncos y hojas de los nopales que antes había quebrado, cubriendo su cuerpo las piedras sueltas y otras hojas nuevamente desprendidas, no atreviéndose á hacer el más leve movimiento por temor de espinarse más. Camila cuando volvía percibió el bulto sobre la cerca, oyó el ruido del derrumbe, y se figuró al no verlo por allí que siempre se había escapado, á las otras les ocurrió lo mismo y muy pesarosas, echándose una á la otra la culpa, recogieron el sombrero, el pañuelo y juntos con la manga, la pistola y el Chimpas, siguieron su camino; á la salida del carril volteó Camila la cara y percibió á la carretela parada más allá de medio callejón, y que con fósforos alumbraban por la cerca adonde se les fugó su prisionero. — Espérenme aquí tantito, les dijo, me voy á espiar, á ver lo que hacen. Y volviéndose pegada lo más posible contra la cerca, ayudada por la sombra de los pirús, llegó sin haber sido notada más que de Pepe que estaba parado enfrente de las mulas, mientras los demás y Lucas sacaban á D. Manuel de su escondite. — Vete de largo poco á poco, le dijo, hasta aquel pirú grande, y cuando marchemos te vienes pegada á la rueda de este lado. Así lo hizo Camila mirando que sacaban de debajo de las piedras y nopales á D. Manuel, alumbrándose con repetidos fósforos por no espinarse.

Desde que iban los de la carretela á media cumbre, esperaban oír el tiro, y por instantes escuchar lamentaciones, ver venir caballos sueltos ó alguna de las niñas sofocada y llena de miedo implorando su socorro; pero nada se percibía y todo estaba en silencio; cuando acabaron de subir, dijo Lucas: — Señor amo, ahí viene D. Pedro Pablo renqueando. — Llámalo y párate, respondió D. Juan, veremos qué le ha sucedido; ¿que ha habido? preguntó al peón luego que éste se hubo acercado á la carretela. — Nada, señor amo, le respondió, la jerramos de medio á medio, míreme no más su merced, por poco me mata la niña que va en el obscurito. — Cuéntanos el lance, hombre, ¿cómo estuvo eso? — Pues ya estábamos listos para cogerles las riendas, D. Manuel se puso adelante emboscado,

con el trabuco prevenido, las niñas venían muy confiadas cantando, yo fui el primero que salí y antes de pepearle las riendas al mascarillo, la niña Lucecita me plantificó en la mano un leñazo, señor, que hasta lucernitas vi, y cuando menos lo esperaba yo, se volvió la otra niña que lleva el obscurito, y dándome un tajo con la cuchilla en la cara y un testarazo con esta descalabradura; Gerónimo que estaba de mi lado, arrancó luego y también Rosalino y Pedro José pintaron su venado, yo me fui arrastrando por allí hasta esconderme en un matorral; luego salió D. Manuel y aunque le estiró las mechas al trabuco, no salió el tiro, la niña del obscurito lo enderezó y lo despachó como los hombres, aventando al Chimpas de doña Tomasa un gran trecho, de donde lo pararon con todo y D. Manuelito á fuerza de varazos y cuchilladas, luego lo iba á fusilar la niña con las pistolas que sacó del baquerillo, y á tanto ruego de las otras se conformaron con llevárselo por ahí y se van todas empeñadas en saber quién es, menudeándole seguidito. — Toma estos dos pesos para que te cures, dijo D. Juan, ya te puedes retirar; arrea, Lucas. — ¿Qué hay de lo dicho, señor? le dijo Pepe, no ha de gastar el famoso Diego Corrientes mucha saliva en cortejar á las damas, y si necesitará curarse las costillas. — Vamos aprisa á alcanzarlas, dijo Garduño, quiero ver el papel que va haciendo el calabrés fanfarrón, por lo que hace á sus veinte pesos, señor D. Juan, écheles un galgo.

— Lo veo y no lo creo, exclamó el cura, cinco hombres para ocho niñas, ellos emboscados, ellas desprevenidas, y bien mirado no son ocho, son tres las únicas más atrevidillas, esto es sorprendente, las tres librarse de los cinco, golpeando á uno y llevarse prisionero al principal, al más temible que estaba montado y armado, y lo que es más, resentido, esto es increíble. — Arrea, Lucas, arrea más que nos volques, repetía D. Juan ansioso de ver la escena.

Lucas contuvo las mulas, á media cuesta se agachó y dijo: — Por ahí está un herido que se queja. — ¿Por dónde? preguntó Garduño. — Allí junto á la cerca.

Se aparearon, D. Manuel repitió sus lamentos y procuraron sacarlo de su punzante situación, después de haber acabado

una cajilla de fósforos en estar alumbrando, lo colocaron en los asientos delanteros en el lugar de Pepe, éste se paró en el estribo cubriendo con su cuerpo la portañuela, y Camila hizo lo que le previno. — ¡Ay, ay, ay!... repetía D. Manuel á cada movimiento del carruaje. — ¿Qué tiene vd., D. Manuel? preguntó el cura, qué ¿es cosa de cuidado? — Sí, señor, no puedo encontrar postura, esto es insufrible, ¡ay, ay, ay!... — Pues que paren, si se siente malo, ya sabe que yo soy un ministro del altar, procure coordinar sus ideas, yo le ayudaré á descargar su conciencia, ánimo, amigo mío, Dios es muy misericordioso, procure ante todo la salvación de su alma; ¿paramos? ¿se determina vd. á confesarse?

— No es para tanto, señor cura, pero que vaya despacio la carretela, que no se mueva tanto. Mandó D. Juan á Lucas que fuera paso á paso, preguntando: — Pero ¿qué sucedió por fin, D. Manuel? ¿quése, Diego Corrientes? ¿qué ha sido de las niñas? díganos lo que ha pasado.

— No se pudo aprovechar la ocasión, contestó, esos indios no salieron á tiempo, y cuando nos presentamos á la palestra, ya habían pasado de nuestro frente; mirando que no se logró el lance, le dí á cada uno par de pesos y los mandé á sus casas; seguí al alcance de las niñas, les pegué un grito aterrador, descargué mi pistola, y corrieron las pobrecitas cual azoradas cervatillas, yo por más que les gritaba que no se asustaran, que yo era, no pude conseguir tranquilizarlas, y van llenas de miedo precipitándose por todo el camino.

— ¿Y cómo es que lo hemos encontrado como á D. Quijote, mal parado y bien molido caballero?

— Una desgracia, un contratiempo fatal, la falta de mi caballo, luego que vi á esas criaturitas huir despavoridas, le solté la rienda poniéndolo á todo su galope; tropezó Tomasa con el Chimpas y fué á dar á la peña. Todos á un tiempo prorrumpieron en estrepitosas careajadas, y queriendo D. Manuel enmendar su equivocación, prosiguió diciendo:

— No, tropezó con el Chimpas la peña y me desapareó Tomasa sin yo querer sobre esas malditas viznagas tan llenas de espigas. — Está peor el remedio que el mal, dijo Pepe volviendo todos á perecerse de risa. — Esa es la substancia, no sé lo

que digo, pero estas espinas me están molestando demasiado.

— Y el sombrero, la manga y lo demás, ¿dónde está? — Todo lo fuí tirando para aligerar el peso. — ¿Y el Chimpas de Tomasa? — ¿Tomasa? por ahí va de largo asustando á las niñas, ó qué sé yo, me sambutió sobre los espinos y tomó su portante.

Escuchado todo por Camila, se deslizó violentamente y al galope muy pronto se reunió con las demás contándoles lo que D. Manuel había dicho. — ¡Qué embustero tan guaje! dijo Lucecita. — ¡Tan descarado! agregó otra. — Díganlo de una vez, replicó Camila, tan sinvergüenza, y ahora para entompearlos á todos, le vamos á seguir el barreno, y cuando esté más ufano creyendo en el tecolote, le vamos devolviendo sus prendas delante de los tatas, diciendo algo para Diego Corrientes, relativo á sus enamoramientos para que lleve un descólón, yo les aconsejaré lo que le han de decir y mientras, vamos á azorar á los gachucitos sus cajeros haciéndoles creer que de veras nos asustó Diego Corrientes; síganme.

Llegaron corriendo á la casa de D. Manuel tocando unas el zaguán muy presurosas, y Camila que se dirigió á la tienda, les gritaba: — ¡Cierren, cierren, que ahí vienen los ladrones! D. Zenón, abra vd. el zaguán antes que nos atrapen. Brincó Patricio el mostrador y ayudado de un borrachín cerró las puertas muy precipitado y descolorido. Zenón abrió el zaguán con precaución, fueron entrando todas haciendo exclamaciones, y Camila le decía: — Vaya vd., D. Zenón, vaya vd. corriendo en su socorro; ¡Ay Dios mío! si los habrán matado. Y como una loca le daba de empujones para que saliera. En esto llegó Patricio que mirando aquel empeño le dijo: — Anda, Zenón, anda en su auxilio. — Yo no puedo abandonar la tienda, le respondió muy descolorido, anda tú, Patricio, que te acompañe el señor. — Sí, sí, vamos, decía el borrachín, presten un fusil, y se arriscaba el sombrero muy contento. — Pero es el caso, dijo Patricio, que no tenemos en casa ninguna arma de fuego, y tal vez D. Manuel se enoje porque salimos sin su orden, ya conoces su genio. — Eso sí, replicó el borrachín, tiene mal genio D. Manuelito, nos quedaremos. Estaban en esto cuando llegó la carretela, ninguno de los dos dependientes quería abrir hasta

que por una ventana se cercioraron; conforme iban bajando los señores, se les echaban al cuello las niñas haciéndoles caricias y llorando como admiradas de verlos sanos y salvos, causándoles no poco sobresalto; Camila hizo lo mismo con el señor Guarduño, y acercándosele bien le dijo al oído: — No se sorprenda vd. porque es tompeate, y estamos haciéndoles la guanta.

D. Manuel apoyándose en los brazos de sus dos cajeros se metió cojeando para la recámara, y se tiró sobre su cama, entre éstos, el borrachín y su cocinera le quitaron todas las espinas que tenía.

Los señores se sentaron en la sala, las niñas estaban haciendo su conciliábulo en el corredor, y Pepe con Lucas asegurando caballos.

— ¿Qué dice vd. de esto, señor Garduño? dijo el cura. — Que cada vez entiendo menos, Pedro Pablo nos dijo una cosa, D. Manuel otra, las muchachas estaban azoradas, y todavía no sé la realidad.

— El resultado, dijo D. Juan, es que ellas le han festejado la persona, y no puedo comprender cómo fué á dar contra la cerca y estaba tan cubierto de piedras y nopales; estas muchachas son el demonio de que se juntan, y capitaneadas por esa loca de Camila son capaces de haberlo juzgado por muerto, echándolo allí y cubierto con esos escombros, venir á fingir que las seguían para curarse en sana salud y no dar lugar á que se sospechara de ellas.

Entró Camila y le preguntaron: ¿Qué les sucedió? ¿por qué fué tanto mitote? — Vaya vd. allá, respondió haciéndose la enojada, poniéndole á D. Juan una cara muy seria; vd. sabía muy bien que en el puerto siempre roban, y sin embargo, nos comprometieron á venir solitas por delante, la fortuna fué que cuando nos quisieron salir ya habíamos pasado, y azotamos y azotamos y no nos pudieron dar alcance. — Ya vds. lo oyen, dijo D. Manuel acercándose, pues desde la puerta había estado escuchando la relación de Camila, y para barajar la conversación preguntó: — Qué ¿no gustan de tomar algo? — Gracias, respondió el cura. — Yo nada, dijo Camila, tú sí, ¿no, chula? un bizcochito, tantito vino, queso, cualquier friolera, ¿no,

Lolita? — Sí, contestó la chiquitilla, tomaremos algo. — ¿No sería mejor merendar? exclamó Lucecita, haremos tortitas compuestas con chilitos, aceitunas, sardinas, chilpocles, tornachiles en vinagre, ¿qué apetece vd., papá? — Lo que gustes, mi alma. — Pues todo, gritó Camila, con eso cada cual toma lo que le agrade.

Hizo D. Manuel una seña á los cajeros para que trajeran todo, algunas de las niñas se fueron tras ellos para la tienda, y Garduño alcanzó al dependiente y le dió á cambiar la onza americana para darles á las muchachas los veinte pesos que perdió D. Juan, parándose en la puerta de la trastienda á esperar, volvió éste á poco, le entregó los veinte pesos que sin ruido se guardó en la bolsa del pantalón y volvió á sentarse en su lugar.

D. Manuel advirtió la primera parte, y se supuso que Garduño había dado algo al cajero para que se cobrara de lo que las niñas pidieran en la tienda, y desde luego quiso echarla de franco. Entraron las niñas á poco rato y colocaron sobre una mesa cuanto se les antojó tomar de la tienda, pues Camila les atizaba bonitamente. Se sentaron todos incluso D. Manuel, Zenón y Patricio, y antes de que comenzaran, le dijo á este último: — Devuélvele al señor lo que te dió, anda por ello sin dilación. — Hombre, dijo Garduño, eso es cuenta separada, yo le he dado... — No admito excusas, señor mío, ese es un agravio que me hace. — Pero ¿qué agravio ni qué calabazas! yo solo... — Ya lo dije, señor Garduño, hágame la gracia de no insistir, se lo pido por esta niña que tanto aprecia, no me desaire, yo sé lo que hago. — Y yo también, respondió Garduño, no quiero que nadie me regale, no admito favores que no solicito. — ¿De qué se trata? dijo D. Juan. D. Manuel le dijo al oído: — De devolver á este señor lo que ha dado, para que se paguen estas frioleras. Y señaló lo que había en la mesa. — Entonces tiene vd. razón, señor D. Manuel. No se excuse vd. más, amigo Garduño, reciba vd. lo que dió, porque sino también me agravio, somos buenos amigos y no digo más. — ¿Conque también vd. se empeña? — Sí, me empeño y si no nos da gusto me ofendo. — Pues, señor, les obedeceré, primero es la amistad que el dinero. Volvió Patricio y

entregándole la onza le dijo: — Americana, de á veinte duros, es la misma, véala vd. — Gracias, contestó Garduño dándole á Pepe diciéndole: — Esta es la depositada, guárdesela.

Merendaron todos muy bien, y promoviéndose conversación sobre la ocurrencia del puerto, Camila le dijo á D. Manuel: — Ya sabemos que vd. es muy amigo de ese bandido Diego Corrientes que nos ha asustado, ¿no es verdad? — Sí, lo conozco algo, así así, por encima. — ¿Qué no nos hiciera el favor de darle un recadito y poner en sus manos una encomienda? — Con mucho gusto, pueden vds. mandar. — Pues dispensando la confianza, hágame favor de decirle que muy pronto seré la esposa de un valiente Hermano de la Hoja, que á los bandidos como el tal Diego, los aplasta con el pie como á cualquier insecto, y que en prueba de que lo desprecio, ahí le devuelvo esa manga que le quité cuando corría de mi como una pípila, que ya sintió el peso de mi mano, y por último, que no se meta á cortejar damas porque Cupido lo puede desquebrajar de un cariño. Vd. dispense mi molestia, D. Manuelito. — No hay de qué, y le haré presentes sus favores, harto desagradables por cierto. — Sí, no dejan de ser sensibles, y por algún tiempo los tendrá presentes: ¿quién le manda ser tan tierno con las garbanceras? vale que vd. tiene talento, y lo autorizo para que á mi nombre le diga cuanto se le venga á la boca. — Señor D. Manuel, dijo Viviana la hermana del cura, yo le suplico á vd. que le diga á ese bribón de Diego Corrientes, que no sea alabancioso con andar contando que yo le he correspondido, que nunca recibí sus cartas que apestaban á azafrán, que ahí va este pañuelo que dejó tirado cuando corrió de Camila que lo empinó de cabeza á medio carril después de haberlo trillado en el puerto. — Dispensando tanta impertinencia, D. Manuelito, dijo Lucecita: hágame favor de darle este sombrero á ese infame salteador que nos iba á pegar un susto, y dígame que no me ande moliendo con sus pretensiones necias, porque ya conozco del pie que cojea, que yo nunca corresponderé á ningún pillo que á todas chonguea, y es tan cobarde que las mujeres lo azotan.

— Todo, todo se lo haré presente, respondió D. Manuel con el rostro muy encendido. — Todavía falta, dijo Lola, la chi-

quilla de D. Juan; dígame vd. al niño Corrientes, que si me quiere cambiar esta pistolita por una muñeca, le daré una que tengo sin cabeza, y unas planchitas de ribete, para que no se las quiten. — Yo te avisaré lo que responda, chiquilla, pierde cuidado. — Pues, señores, concluyamos este drama, dijo D. Juan, tanto el señor cura como yo, le damos las gracias por el feliz desempeño de su comisión, nuestra venganza ha sido completa, y Diego Corrientes se ha lucido. — Ese ha sacado la mejor parte, respondió D. Manuel, ya vds. lo han visto, hay días fatales y por algún tiempo lamentará su derrota el Calabrés.

— Quiere decir, replicó Garduño, que por fin se confirma su fiasco, ¿ha sido de veras derrotado? ¿han espantado las gallinas al coyote? — Sí, señor, le han festejado de lo lindo, se confiesa vencido, y es la verdad, dijo D. Manuel muy abochornado. — Pues, señor D. Juan, ha perdido vd. sin remisión, y yo debo cumplir lo estipulado. Camila, forma tu gente y concluyamos, voy á repartirles su debido premio.

— A formar, á formar, gritó Camila poniéndose á la cabeza. Garduño les dió á cada una sus dos pesos, y seis á la comandante diciéndole: — Denle al señor D. Manuel las gracias, porque de su bolsa ha salido este dinero. — Muchas gracias, D. Manuelito, dijo Camila, y todas lo atarantaban repitiendo lo mismo. Luego prosiguió Garduño: — También denle los agradecimientos al señor D. Juan que interpuso su valimiento y amistad porque D. Manuel fuera complacido. — Gracias, D. Juancho, dijo Camila. — Gracias, papacito. — Muchas gracias, señor D. Juan, y también lo aturdieron á gracias.

— ¿Sabe vd., señor Garduño, que no comprendo esto? dijo D. Juan. — Voy á terminar mi comisión, pero antes deseo saber si aprobará lo que pienso hacer. — Apruebo cuanto disponga, pero aclaremos este enigma. — Señor cura, tenga vd. este reloj por el que le darán veinte pesos para que los dé de limosna á los infelices que estén más necesitados. — Gracias, señor Garduño, ¿y á quién agradecerán esta caridad? — Al señor D. Manuel y á D. Juan que mira aquí presentes. — Señores, dijo el cura guardándose el reloj, á nombre de los infelices á quien socorra, me anticipo á darles el agradecimiento.

— Menos comprendo este enredo, señor Garduño, dijo D. Juan. — Ni yo tampoco, repitió D. Manuel. — Voy á explicarme en dos palabras. Habiendo perdido D. Juan una apuesta que hizo con D. Pepe de veinte pesos, no teniendo yo como depositario más que oro, y necesitando menudo para repartir la cantidad perdida entre quienes se destajó, le dí al joven D. Patricio una onza americana para que me la cambiara, recogí los veinte duros y me volví á tomar mi asiento, al comenzar la merienda ordenó D. Manuel á su dependiente que me devolviera lo que de mí había recibido, yo me excusé, insistió, y la verdad hubiera parado la cosa muy mal, pues yo enemigo de que nadie me regale sin merecerlo ni solicitarlo, me molestó mucho; pero tomó la cuestión otro giro. Vd., señor D. Juan, también se empeñó en humillarme, interpuso su buena amistad y me precisó á recibir un favor no teniendo necesidad de él, con mucho gusto lo cedo en favor de los infelices que el señor cura socorra, he aquí todo el enigma.

D. Manuel se mordía los labios de cólera, pues en lo menos que pensaba era en hacer tal obsequio á Garduño. D. Juan sorprendido le dijo: — Vd. me contó otra cosa, D. Manuel, por eso apoyé su capricho; por ningún motivo, ni por cuanto oro hay en el mundo humillaré á un amigo, ¿por qué no me dijo su verdadera intención? y no que sin querer le he causado un mal rato á este señor; eso es muy mal hecho, engañarme cual á un chiquillo y... D. Manuel que veía que cada rato la cosa se complicaba y además no quería confesar su equívoco, se resolvió á enmendar su yerro aunque topara en el dinero, mas cuando los veinte pesos ya estaban repartidos y recibidas las gracias por su generosidad, por lo que dijo tomando un tono suplicatorio: — Señores, les voy á hablar con franqueza, y disimulen mis ocurrencias sin que sean causa de agravios. Ya yo sabía de la tal apuesta, y no me parecía justo que el señor D. Juan por una torpeza mía perdiera su dinero, no discurrí otro modo de hacérselo recibir al señor más que el que le indiqué á vd., ahora ya sabe cuál fué mi intención y discúlpeme como amigo.

— No hablemos más del negocio, dijo Garduño, el asunto está terminado, no me doy por ofendido y se acabó, sólo me

resta darle al amigo D. Juan los agradecimientos por su muestra de cariño; un fuerte abrazo de despedida, y á todos vds., señores y niñas, las debidas gracias por su amable compañía; tengo que arreglar con el señor cura un negocito pues me precisa muchísimo partir mañana, mis hijas han quedado solas y mis intereses abandonados.

Se desbarató la mazorca, después del más cordial despedimiento y D. Manuel estaba ese día de guardia, porque después de haber hecho á Lázaro, le costó la merienda y los veinte pesos, dándose á Judas de haber sido tan necio.

Dejó Garduño firmado su consentimiento paterno en la información matrimonial, y al cura dinero, para que sin pérdida de tiempo consiguiera dispensa de vanas y todo lo concerniente para el matrimonio, que debía verificarse en su casa de San Felipe del Obraje, escribiéndole á Tacho esa misma noche para que á su regreso viniera á la presentación. Se retiraron cerca de las diez de la noche, Camila no escaseó sus caricias á su padre, les previno su itacate, y con mil amores se la hubiera desde luego echado en las ancas y llevado, ofreciéndole que vendría una de sus hijas cuando el cura lo dispusiera por ella, y regresaron á las cinco de la mañana muy contentos, no quedando menos Camila ni los de su casa.

Estuvieron todo el camino recordando, comentando, y riendo de las ocurrencias del día anterior, de manera que sin sentirlo, llegaron á San Felipe. Al ver entrar las niñas á Garduño con semblante alegre y carcajeándose con D. Pepe, también se pusieron halagüeñas, mucho tiempo hacía que no lo habían visto tan jovial, chancero, alegre, y no hallaban á qué atribuir tan repentina mudanza, ignoraban el objeto de su expedición, y la curiosidad las tenía inquietas. Por fin, después de comer sacó señor Garduño una canastita de costura, hecha de cerda y abastecida de mil chacharitas muy curiosas. — ¡Ay qué chula canastita, papá! exclamó la más chica abrazándole el cuello á Garduño, y vaciándola, todas alababan sus chucherías. Sacó luego Garduño una petaquita muy bien hecha de palma, otra niña abriéndola dijo: — Esta es más bonita, ¿á ver qué tiene? Fueron mirando también un verdadero estuche de tocador, escobeta, peines, escarmenador, pomitos, espejito, y otros mil

juguetillos propios del ramo. Por último, un baulito de paja de trigo, también muy curioso, lleno de una batería completa de cocina, sumamente abastecida. — ¿Adónde ha comprado vd. todas estas chucherías, papacito? dijo la más grande. — No las he comprado, hijita, es un regalo para vds., aquí está la carta de remisión. Tomó Pepe la carta, y leyó en el sobre: — « Para mis queridas hermanas, Lola, Chucha, y Concha, en propia mano; por favor. » No hay duda que á vds. se dirige. La tomó Lola, y leyendo en voz alta continuó: — « Mis muy amables y queridas hermanitas, mi padrecito les dira cuánto gusto tengo al pensar que va á concluir la triste orfandad á que estaba condenada por mi desgracia; tengo muchos, muchísimos deseos de conocerlas, de abrazarlas y de darles mil pruebas de mi amor, les remito unas frioleritas que se repartirán, sin pelearse como perros y gatos, pues no quiero distinguir á ninguna, á todas las amo iguales; no son prendas de valor, porque soy una pobrecita como bien lo sabe el portador; pero recíbanlas como muestra de mi afecto. Cuídenme mucho á mi viejo, y si ven que les vuelve á poner cara de f6, avisenmelo para ajustarle las cuentas, porque yo no me tiento el corazón para eso, cuando aquí llegó estaba muy arisco, y con un medicamento que yo tengo ya se deja manosear y vuelve más mansito, en fin, como nos hemos de ver muy pronto, y una de vds. ha de venir por mí, ahí hablaremos y mientras, reciban el corazón de su hermana que mucho las quiere una por una y á todas juntas al barrer. B. S. M. Camila N. de Garduño. — Posdata. No se les olvide cuidarme á mi viejito, porque es el ídolo de mi amor. Vale. »

— ¿Quién es, papacito, por Dios esta Camila nuestra hermana? — Es la futura esposa de Atanasio, una pobre ranche-ríta primorosa que me ha sacado de mis casillas, me ha encantado, vengo muy prendado de ella. Y contó todo lo ocurrido sin omitir ningún pormenor. — ¡Qué gusto! decía Concha, ya tenemos una hermana nueva, primorosa, y no esa descolorida paquetuda que decían que era la novia de Tacho. — Por no verla tan encopetada y ostentosa, agregé Chucha. — Y tan inútil y fodonga, dijo Lola; el domingo llevaba la cabeza muy olorosa, y unos porabajos de borrega cascarrienta, qué gusto

que ya se largó más que de prisa, ¿quién sabe qué vóhora le picó que la echó sin despedida? ojalá y nunca vuelva la niña de mírame y déjame. — ¿Cuándo voy por Camila, papacito? — No, yo, replicó la segunda. — O yo, agregó la tercera. — Ya veremos, eso depende de que me avise el padre D. Alejo. — Yo me cojo la canastita, dijo Chucha. — No, ésa es para mí, contestó Concha, y empezaron las disputas. — Mira, Lola, mandó señor Garduño, deposita todó eso y así que Camila venga, que ella reparta, mientras vayan vds. mirando cómo le corresponden la muestra de su cariño.

Ahora, D. Pepe, vamos á otra cosa, yo quisiera que el día del casamiento de mi hijo Atanasio, concurren á mi mesa todos los Hermanos de la Hoja y sus respectivas gentes, deseo ver juntos á todos formando una sola familia, ese día quiero demostrar á todos reunidos mi justo reconocimiento, estrechar más la buena amistad y armonía con que se tratan; es mucho, muchísimo el placer que tengo de darle á mi muchacho una mujer de todo mi gusto, como vd. dice D. Pepe, *de honra y provecho*. Vaya vd. á ver cómo compromete á su padre de Astucia, y al Charro, que yo por aquí haré lo mismo con el Tapatio y Chepe; se trae vd. á su adorada Clarita mas que sea una camilla, y si no tiene tiempo yo iré por ella, en fin, ya sabe mis intenciones; según me aseguró el señor cura, para el día ocho ó diez del que entra, estará todo allanado, lo de por aquí es más fácil, y así determinemos definitivamente el casamiento para el día 15 que es día de fiesta; vea vd. las trazas que se da y déme ese gusto, voy á comunicar por el corral esta casa con la de la espalda que también es mía, arriendo la contigua que está desocupada, y no ha de faltar adónde alojar á todos, ni frijolitos que darles, las bodas de Gamacho no han de haber estado ni más concurridas ni más abundantes; voy á echar la casa por un balcón como dicen, me voy á volver loco, ya lo dije, y si puedo traerme á los de la concurrencia de marras, soy capaz de transigir con Diego Corrientes por tal de que nos eche un brindis de su caletre como el consabido, y nos pardie al bravo Calabrés.

Todo salió como Garduño se lo había imaginado, Pepe con demasiado empeño emprendió el viaje hasta la casa de As-

tucia, que aunque con trabajo, obligó á su padre á concurrir. Se guió á ver á Alejo, y allanó también que asistiera con su familia, hizo su semana de remonta inter regresaron Lencho y Tacho de su expedición, dirigiéndose directamente para San Felipe pues así se los encargó Pepe en la carta que les dirigió desde San Cipriano. Estaba señor Garduño tan alborotado y entusiasta por el casamiento de su hijo, que todo se le iba en disponer los preparativos, recorriendo en su memoria á qué conocidos y amigos le faltaba que convidar, á todos les contaba la dicha que iba á gozar con su nueva hija, relatándoles su chasco de estar haciendo el papel de incógnito, y algunas de las ocurrencias del día de campo, lo mismo que el suceso del valiente Diego Corrientes, que con el mejor buen humor recordaba á cada instante.

A los diez días después de las ocurrencias de San Cipriano, llegaron los viajeros, salió Garduño lleno de gozo á recibirlos diciendo: — Jamás he deseado tu regreso con más ansia, Atanasio, ¿qué demonios hacían? ¿Por qué se han demorado tanto, amigo Lencho? — Porque nunca faltan tropiezos en el camino, señor Garduño, un lance que hemos tenido, nos hizo perder dos días y trastornar nuestro derrotero, respondió Astucia.

— ¿Tal vez algún encuentro con los enemigos ó...? — No, señor, con unos pillos de los que merodean por Jantetelco y van á hacer sus expediciones hasta cerca del paso del río de Atoyac, pero gracias á Dios ya los pusimos en juicio, dejamos en un jalocoté grande un racimo de cuatro bandidos colgados, avisamos á la autoridad inmediata, para que los recogieran, á la pobre mujer á quien perseguían la pusimos en paraje seguro y bien recomendada para que la asistan y curen de sus heridas, y aunque esa ocurrencia nos hizo perder el tiempo no me pesa, pues creo que la infeliz se podrá restablecer, y cuatro bandidos menos no deja de ser buena presa y alivio para los pobres caminantes. — ¿Cómo estuvo eso, amiguito? cuéntemelo porque me ha dado curiosidad; pero mira, Atanasio, remuda y parte para San Cipriano, anda á formalizar la presentación y violenta todos los requisitos indispensables para que tu casamiento se verifique el día 15 del que entra en esta villa,

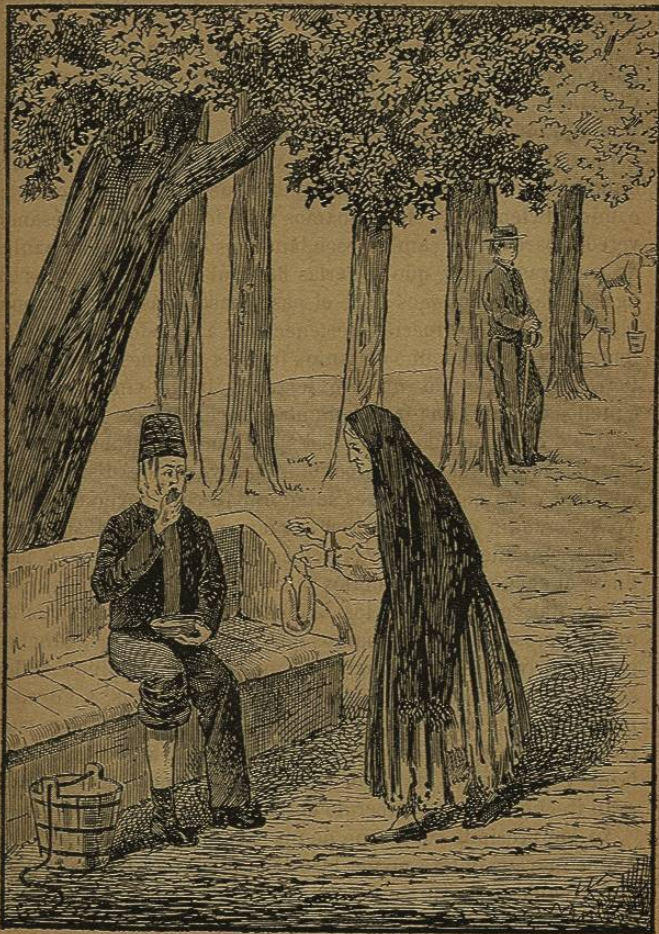
mientras descansará un poco tu jefe, porque tengo con él un negocito particular.

Atanasio apenas saludó á sus hermanas, cuando en un caballo de refresco partió á media rienda lleno de gozo para San Cipriano á ver á su amada que lo recibió con no menos alegría y le dijo todo lo ocurrido con su padre.

Reunidos todos los de la casa y otros tres amigos de Garduño, Astucia les contó la ocurrencia que habían tenido en el camino diciendo: — Marchábamos muy tranquilos atravesando veredas para cortar camino escudándonos las banderolas azules de nuestras lanzas, que al verlas flotar al aire los mañosos se agazapaban dejándonos libre el paso, hasta más allá del pueblecito de la Resurrección perteneciente á Jalostoc, cuando al llegar á las Palmas, uno de tantos lugares temibles, á orillas de tierra caliente oímos un tiro lejano y luego vimos salir de aquellos breñales una mujer montada á caballo perseguida por cuatro ó cinco cuerudos que le disparaban sus carabinas, cayó aquella infeliz del caballo como á cien varas de distancia de nosotros y sus perseguidores se apuraban para coger su presa. Yo lleno de ira dije: Socorre á esa mujer, Fandango, sígueme, Tacho, empuñemos nuestras armas. Metimos espuelas y partimos al encuentro de aquellos pícaros.

Iban tan preocupados los bribones que cuando advirtieron nuestra presencia, ya estábamos muy cerca. — ¡Atrás, canalla! grité, con voz de trueno agitando mi lanza en molinete. Ellos sorprendidos sentaron sus caballos, voltearon caras, y huyeron por varias direcciones gritando muy azorados: — ¡Los charros, los charros! Tacho desde luego dobló á uno de un balazo, y siguió tras de otro, que después que lo correteó un gran trecho, al fin se le perdió entre tanto matorral.

Yo me precipité sobre uno de un caballo zebruno y por más que le marqué el alto no me hizo caso sino antes bien al alcanzarlo me descargó su tercerola llevándose la bala las agujetas que ven vds. que me faltan de la hombrera de mi chamarra; indignado de aquello, apuré mi caballo y diciendo: Que Dios te ayude, miserable, le despaché mi lanz ay la moharra lo atravesó de parte á parte cayendo en el acto á poco trecho, volví la vista presuroso y columbré á otro de un caballo tordillo que



D<sup>a</sup> Pompita y su querido Tranqui.



me llevaba gran distancia. Alcánzame lo, Sultán, alcánzame lo, grité á mi perro animando á mi caballo en aquella cuesta arriba, el perro partió veloz y yo seguí avanzando terreno sintiendo en el alma que aquél se me escapara, ya iba perdiendo la esperanza, cuando noté que el Sultán se le había emparejado, habíamos acabado de encumbrar, seguimos la cuesta abajo, dispuse mi yoga, y por temor de dar un balazo á mi perro, desistí de mi empresa por el pronto, sólo esperando ver si conseguía tenerlo atravesado; aquel infeliz no hallaba á quién atender, volteaba la cara á verme muy azorado, ó con su machete amagaba al perro que trataba de abalanzársele al caballo, en esto llegó á una certeneja y al emprender su caballo el brinco, el perro se le colgó de las narices y todos descendieron hechos bola por entre los peñascos; allí me los fuí encontrando muy averiados, mi perro cojo, el caballo con el pescuezo chuecho, y manco, y al jinete con el espinazo roto. A poco llegó Tacho, sacamos á aquel desgraciado que entre mil ayes lastimosos declaró que fué soldado de D. Polo, pero que como éste se indultó, disolvió su guerrilla y se fué para México á establecerse, él se agregó á la cuadrilla del Alacrán, que andaban robando en el camino de Amozoc y en los pasos de Atoyac, que había venido su jefe hasta cerca de Yau-tepec á llevarse una muchacha, la cual acababa de darle un balazo con su mismo mosquetón, y estaba muerto al pie de la cuesta, junto de un jalocote grande. Ya no pudo decir aquel hombre más, una fuerte tos le estorbó la respiración, y haciéndonos unos gestos feroces exhaló el último suspiro; lo echamos sobre su derrengado caballo y nos dirigimos para el tal jalocote grande, en donde reunimos á los cuatro muertos y la mujer gravemente herida, pues tenía una puñalada en el pecho izquierdo que se lo dividió completamente, y otra porción de contusiones y cortadas, hicimos un manajo con los cuerpos aquellos, que con sus mismas reatas dejamos suspendidos del jalocote, allí mismo alzamos sus armas y amarramos sus caballos, le acomodamos al Fandango lo mejor posible á la mujer en la silla, y continuamos la marcha. Después de la oración de la noche llegamos á nuestro paradero, y allí ayudado de los posaderos, mi primer empeño fué asistir á la herida que desmayada, lí-

vida, y descoyuntada, apenas daba indicios de algunos restos de vida; la curaron de la manera más eficaz, pues además de la puñalada del pecho, tenía varios tajarrazos en los brazos, contusiones por el cuerpo, y dos roturas de cabeza; no pudiendo concebir alguna esperanza sino hasta la madrugada, que medio incorporándose en el lecho, exhaló un lánguido suspiro, y balbució una imperceptible queja.

Desde el instante en que la recogimos y pude en fuerza de estarle echando mucha agua en el primer sitio donde se proporcionó estancarle la sangre y venderla con su propio rebozo, me causó algún interés junto con curiosidad, pues desde luego se conocía que no era una mujer vulgar, tiene buena edad, su cutis es fino, bonitas sus facciones y toda ella indica ser de familia decente; todo esto incitaba más mi empeño en saber cómo, por qué, ó qué causa había para que se hubiera encontrado en aquel lance, en poder de los bandidos y en tan extraño sitio, pero no pude averiguar nada á causa de que recuperada algún tanto, fué asaltada por una fuerte calentura, y al separarnos de ella estaba en un continuo desvarío hablando mil cosas contradictorias, disparates ininteligibles, que no me ministraron más que leves indicios y no pude formar de ellos ningún juicio razonable, sin dejar ella de repetir: — ¡Mi hija! ¡mi hija! ¿qué será de mi hija, Dios mío?

Al otro día de la escena partí para el pueblo inmediato á dar parte al alcalde de lo ocurrido, para que fuéramos á recoger el abundante fruto del jalocote grande en el recodo de las palmas, todo lo encontramos en el mismo estado en que lo dejé, y tomándome declaración para formar las primeras diligencias y remitir los cadáveres al juzgado respectivo, dije sucintamente, que entre tres y cuatro de la tarde del día anterior, atravesaba yo con un compañero y mis criados por aquel sitio, cuando fuimos saludados de repente con un tiro, llevándose la bala que me dirigieron un pedazo de la hombrera de mi chamarra y unas cuantas agujetas con que se adornaba, que por contestación á su cortesía, desde luego acariciamos á un par de ellos que se pusieron á roncar, seguimos retozando con los demás, resultando otros dormidos de aquel juego de manos, habiéndonos escapado otros que supieron tabear; que en el mismo

sitio los dejamos alzaditos del suelo para que no se resfriaran ó fueran á tomar un constipado, dando parte á la autoridad inmediata para que recogiera á aquellos angelitos y sus juguetes, pues nosotros nos habíamos propuesto quitar de en medio á cuanto maleriado se atravesara por el camino en que andábamos trabajando. Por supuesto no hice mención ninguna de la señora, por no complicarla en la sumaria; concluido esto dispusimos nuestra marcha, dejándoles á nuestros aposentadores dinero y orden de que asistieran á la lastimada con la mayor eficacia y cuidado, y proseguimos nuestro camino. — Ahora me deja vd. con más duda, amigo Lencho, dijo Garduño, porque ese lance ha de ser interesante.

— Yo creo lo mismo, señor Garduño; y no dudo que esa pobre mujer sea tal vez víctima de alguna felonía, traición ó capricho de algún ricacho de esos prostituidos que todo lo quieren cubrir con su dinero, pues no dejó en sus palabras incoherentes de darme algo en qué pensar, pronunciando con horror un apellido bastante conocido en el rumbo de Cuernavaca, y las exclamaciones que hacía mentando repetidas veces á su hija, blasfemando contra el sujeto, mucho me han dado en qué pensar, yo le ofrezco á vd. que luego que volvamos á nuestro trabajo, indagaré todo y le contaré cuanto averigüe sobre el particular. — Pero si mientras esa mujer se alivia y se larga, no ha de poder vd. cumplirme su oferta. — Imposible es eso, sus heridas son bastante graves, y sólo que se muera nos quedaremos en la duda; además de dejarla recomendada para que estuviera bien asistida, mandé que la conserven oculta hasta que yo vuelva, porque si tal vez tiene más enemigos, no le sería fácil en el estado que queda, librarse de ellos.

— Pues vamos á otra cosa, dijo Garduño, aunque ya le encargué á D. Pepe que fuera á convidar á su padre de vd., por si acaso no ha logrado que me haga el gusto de venir, ruego á vd. que se empeñe para que asista á las bodas de mi hijo; vd. creo que podrá conseguirlo; además, también tengo empeño en que vd. con mi hija Lola sean los padrinos, pues les corresponde por derecho, á vd. como jefe de los Hermanos de la Hoja, y á ella, como hermana mayor del novio y la que aquí

hace de cabeza de casa. — En todo será vd. servido, señor Garduño, y el honor será para nosotros; mañana mismo parto para mi casa, de paso pasaré á ver á Pepe y de acuerdo con él, nos tendrá vd. á sus órdenes oportunamente.

Aunque Pepe había comprometido á D. Juan Cabello, no estuvo por demás el empeño de Lencho que venció todas las dificultades que su padre tenía, y más bien por darle gusto á su hijo admitió emprender la viajata, dejando á su yerno Angel al cuidado de los intereses.

Salieron de madrugada padre é hijo decentemente vestidos y bien montados, seguidos de Reflexión y el Fandango, también lujosos en su tanto, que arreando una mula con equipaje, estiraban otros dos caballos encamisados. D. Juan iba en el prieto que educó, y cuando menos lo esperaba Lencho, le alzó la rienda al caballo, pegó un ronquido, le metió las espuelas y salvó una grande certeneja con admiración de todos. — ¿Qué es eso, señor padre? dijo Lencho, parece que su merced se ha vuelto loco. — Bien dice el dicho, le contestó, no hay hombre cuerdo á caballo, quise ver si todavía me puedo apretar en la silla, y si tú no has dejado de tener adiestrado este caballo; presta una pistola. La preparó y sin demorarse mucho la disparó diciendo: — Mira, Simón, anda á traer la bala que ha de estar á la altura de tu cuerpo en aquel tronco de ziranda.

Simón se dirigió al sitio indicado, como á sesenta ó setenta varas de distancia, y volvió con la bala machucada. — ¡Vaya, vaya! exclamó D. Juan, todavía no me tiembla el pulso y conservo mi buena vista: nunca te deshagas de estas pistolas, Lencho, consume algunas paradas de cartuchos, examina bien su alcance y ejercítate siempre que puedas, que mientras conozcas á tus armas y caballos, ambas cosas te servirán al pensamiento. ¿Sabes, hijo mío, que ya tenía deseos de dar una campeada, de sacudir el polvo del valle y de que me calentara el sol de tierra fría? voy muy contento, he olvidado mi melancolía, me parece que soy otro, que nada me duele, y á no ser porque miro mis manos arrugadas y mis barbas blancas, creería que íbamos á reunirnos con nuestros compañeros y amigos como cuando la insurgencia; cada vez que miro á D. Pepe, se me recuerda á su difunto padre D. Casimiro, tan buen

amigo, tan parejo y valiente como hay pocos, no era hombre de dichos, sino de hechos; ¡ah qué tiempos, Lencho, ah qué tiempos aquellos! la víspera de un combate parecía fiesta, y el día de la acción, no veías más que entusiasmo, delirio por pelear, por arrebatar la victoria, todo el mundo partía contra el enemigo sin contar su número, temer sus elementos ni arrearle nada; á la voz de: « adentro, muchachos », todos se disputaban el ir por delante, nadie volteaba grupas, y muchas veces á ese arrojo, era debido el triunfo; había bárbaro que fiado en su buen caballo y sin más armas que su reata, se arrojaba contra las filas enemigas, sobre las piezas de artillería, y más de cuatro se las trajeron á cabeza de silla en medio de una lluvia de balas que procuraban excusárselas con sólo tenderse en el caballo; en vez de acobardar á los criollos las carnicerías de los combates, la sangre humeante de sus hermanos que con profusión se derramaba, más y más se enardecían los ánimos, crecía el entusiasmo, se irritaban los hombres, entonces se vió de cuánto es capaz un pueblo cuando proclama un solo principio y defiende una justa causa. Eso que te han dicho de Garduño, es una friolera, muchísimas cosas más sorprendentes le vi ejecutar, lo mismo que al general Rayón y otros varios que se singularizaron en diversos hechos; este señor Garduño que existe, también es de los mentados, y si como me lo figuro, es el xocoyote, como le decíamos al más chico de los Garduños, ya verás qué recuerdos hacemos, él no se ha de acordar de mí, porque entonces estaba en distinto cuerpo, nunca me llamaban por mi apellido, sino que unos por aprecio y otros por costumbre, me decían el Cuerudito, porque primero largaba la camisa, que mi cuera ni las botas campaneras.

Entretenidos en diversas conversaciones y recuerdos de D. Juan, hicieron noche en San Javier y madrugando al otro día estuvieron en el rancho de Pepe á las cuatro de la tarde. Estaba éste ocupado en hacer con ramas un toldo á una criba, para que sirviera á Clarita de camilla, ella sentada en una silleta miraba la operación, ínterin Enrique su hijo, montado en un olate, pegaba de carreras por el patio, trayendo lazado un mastín, tan grande como el Sultán; apenas vió llegar á Astucia, cuando corrió á dar aviso gritando: — Ahí está mi